

EL GUADALAVIAR Y LA CONFIGURACIÓN DE VALENCIA. SU INTERPRETACIÓN A PARTIR DE LAS VISTAS URBANAS MODERNAS

Pablo Cisneros Álvarez
Universitat de València

RESUMEN

Valencia responde a una configuración urbana creada por del río Turia o Guadalaviar. Esta relación es apreciable, claramente, en las numerosas imágenes urbanas que de esta ciudad se han conservado. Así, en el presente artículo se pretende realizar un estudio del río y de la ciudad a partir de las imágenes de Valencia en la Edad moderna.

Palabras clave: cartografía, imágenes de Valencia en la Edad Moderna, río Guadalaviar, urbanismo, imágenes urbanas.

ABSTRACT

The Guadalaviar and configuration of Valencia. Its interpretation from the modern urban views.

Valencia replies to an urban shape created by the Turia river or Guadalaviar. This relation is appreciable, clearly, in the numerous urban images which have been conserved in this city. Thus, in the present article pretends to carry out a study about the river and the city from the images of Valencia in the modern Age.

Key words: cartography, images of Valencia in the modern Age, the Guadalaviar river, urbanism, urban images.

Fecha de recepción: enero 2004.

Fecha de admisión: marzo 2004.

I. INTRODUCCIÓN

La ciudad de Valencia surge cerca del territorio de los edetanos, en la Hispania Citerior, en el año 138 a. C. Desde su fundación, esta ciudad de origen romano, que etimológicamente significa *la valiente*, ha tenido que convivir con la presencia del río Guadalaviar o Turia. De este modo, en el presente texto se propone establecer un estudio de esta íntima relación entre la ciudad y el agua, es decir, entre Valencia y el Guadalaviar. Este análisis se realizará a partir de las imágenes y retratos urbanos, pertenecientes a la Edad Moderna, que de la ciudad se conservan. La terminología de los vocablos que acotan un determinado periodo, en este caso Edad Moderna, siempre son extremadamente complicados de definir, de ahí que, en este sentido, y para evitar un campo de discusión y debate en el cual no queremos participar, por tanto, consideraremos la Edad Moderna como el periodo comprendido entre los siglos XV al XVIII, simplemente por motivos prácticos y reduccionistas.

La ciudad de Valencia siempre ha estado estrechamente vinculada al Guadalaviar, así, en las imágenes que se propondrán se podrá ver esta dependencia, que en numerosas ocasiones ha sido negativa para la ciudad, como las *casi continuas* avenidas del río Guadalaviar.

Los retratos urbanos y planos que de la ciudad del Turia se van a presentar están tomados, salvo excepciones, desde la cara septentrional de la urbe, es decir, mostrando las interacciones entre el río y Valencia, que en todas las imágenes que mostraremos, estará rodeada por la muralla erigida en tiempos de Pere el Ceremonioso y que perduró, casi inalterable hasta bien entrado el siglo XIX, en el año 1865. Que la representación desde este punto de vista, muy estudiado en una monografía (Rosselló y Chaparría, 2000), sea la más usual, sin lugar a dudas está justificado, incluso se alcanzaría a decir más, ya que podría ser la única vista representable de la ciudad, aunque, a pesar de ello, también encontramos algunos retratos urbanos desde el mediodía, que lo único que consiguen es restarle importancia al río, para poder plasmas un poco del mar Mediterráneo.

II. LA CONFIGURACIÓN DE LA CIUDAD A PARTIR DEL RÍO GUADALAVIAR

Que Valencia, al igual que otras muchas ciudades asentadas cerca de ríos, está enclavada en una situación claramente estratégica, es patente. Por ello, se ha de recurrir a los orígenes de la ciudad para comprobar la reciprocidad entre Valencia y el Guadalaviar o Turia.

La Valencia romana, según Rodrigo (1922), Gómez Serrano (1932) y Houston (1957), tenía como emplazamiento original una isla fluvial que, sin duda, condicionaría de manera contundente el devenir de la ciudad. Esta teoría queda claramente reforzada si recurrimos a la antigua muralla islámica, la cual estaba bordeada por el brazo fluvial del Guadalaviar.

Sobre la ubicación de este emplazamiento fluvial, que otorgó a Valencia su posición estratégica, Rosselló y Esteban Chaparría (2000) señalan que:

El brazo fluvial o meandro degollado habría ido por las calles de Blanqueries, Baja, la Bolsería, plaza del Mercado, calles de Moratín, las Barcas y pintor Sorolla hasta la puerta del Mar. El doble o triple meandro dejaba a la izquierda las tres o cuatro eminencias estratégicas a 16 m s.n.m. y con un desnivel relativo de 2 ó 3 m., ya que el río discurría encajado, ceñido a la isohipsa de 13 ó 14 m. Este

pretendido meandro sería eliminado por las necesidades de cultivo y fortificación y solamente quedarían los fosos —convertidos en alcantarilla—, el prat de la Boatella, con un puente, pretilos y escalerillas y poco más.

Muchas ciudades europeas se han asentado buscando un emplazamiento cercano a un río y han adecuado sus sistemas defensivos o su urbanismo a partir de su relación con él. En este sentido, simplemente cabe recordar ciudades como Florencia, Parma, Augsburgo, París, Valladolid, Cuenca, Toledo o Palencia, entre otras muchas.

No cabe duda de que la presencia cercana de un río a una ciudad es muy beneficiosa. A pesar de esto, en nutridas ocasiones el agua y sus inesperadas crecidas pueden ocasionar numerosos daños en un tejido urbano. Esto está muy patente en la ciudad de Valencia, que desde sus orígenes ha sufrido varios desbordamientos del río Guadalaviar. Entre 1328 y 1731, la ciudad del Turia experimenta 13 riadas y, anteriores a éstas, se tienen constancia de una en 1088 y de otra en 1321. En el siglo XVIII se producen tres, en el XIX ocho más, y en el XX dos importantes (Rosselló y Esteban Chapapría, 2000), destacando muy especialmente la de 1957, que ocasionó daños muy significativos.

A pesar de ello, el río Guadalaviar siempre ha configurado el trazado urbano de la ciudad. De este modo, simplemente cabe hacer mención a la fundación romana, anteriormente referida, en la que, únicamente atravesaba el río la vía Augusta. En el trazado medieval queda muy patente la relación con el Guadalaviar, ya que el tejido urbano se acerca mucho más al río quedando, en primer lugar, la muralla islámica entre los brazos fluviales del Guadalaviar, y posteriormente, en la muralla de 1356, la derrumbada en 1865, conservándose pocos restos de los construido como son la puerta de los Serranos y la de Quart, cubre totalmente el brazo del río, ampliando considerablemente todo el perímetro de la ciudad.

Como se verá en algunas de las imágenes urbanas y planos que presentaremos, el Guadalaviar también determinará lo que se considera dentro y fuera de la ciudad, por su cara septentrional, ya que en la otra orilla del río, se ubicaron numerosos arrabales junto a edificios de una importancia patente, como serán el palacio Real, el convento de la Trinidad o el colegio de San Pío V, actual museo de Bellas Artes. Toda la comunicación entre esta parte del río y la ciudad amurallada se realizaba por medio de los puentes que, sin duda, en este artículo tendrán mucho protagonismo debido a que constituyen un elemento clave de estudio en cuanto a la superación del agua por parte de la ciudad.

III. EL GUADALAVIAR Y VALENCIA EN LAS IMÁGENES URBANAS DEL SIGLO XVI

Indudablemente, la colección de imágenes del siglo XVI que se conservan de la ciudad de Valencia está encabezada por la magnífica imagen que el flamenco Wijngaerde realizó para el rey Felipe II. A pesar de su vital importancia en el retrato veraz de la ciudad y del Guadalaviar, en esta centuria encontramos otras vistas que son útiles para nuestro estudio.

En este sentido, cabe destacar una vista de la ciudad del año 1538. Es la primera vista de Valencia desprovista de cualquier otra connotación ajena a la pura representación del conjunto urbano, a su peculiar caracterización topográfica de conformar un importante tramo de su perímetro cierto recodo del río Turia, y de ceñir su aglomerado caserío un recinto amurallado un tanto elipsoidal, irradiado por su ronda tangencial al cauce del río mediante

cinco puentes, nos la ofrece la viñeta que aparece en una de las páginas del libro de Pedro Antonio Beuter titulado *Primera parte de la Crónica General de toda España*, y especialmente del reino de Valencia impreso en 1538 sin indicación de la imprenta, y en versión valenciana prácticamente desconocida, obra posteriormente traducida al castellano en 1546 por Juan Mey, que es la que responde al título arriba citado (Català Gorgues, M.A., 1998). Así, esta obra, a pesar de su extrema simplicidad, está mostrando a la ciudad desde el punto más repetido en las representaciones urbanas de la ciudad de Valencia, septentrional, y desde un lugar ficticio, elevado. La importancia de esta vista reside en la relevancia y potencia que tiene el río Guadalaviar, como componente geográfico configurador del tejido urbano de la ciudad, que aparece como abrazado por la corriente fluvial, únicamente interrumpida por la acción humana en la construcción de puentes.

La siguiente vista de la ciudad de Valencia es la del flamenco Anton Van den Wijngaerde, muy bien estudiado en sus vistas españolas (Kagan, R.L., 1986), en su catalogación completa (Galera Monegal, M., 1998) y en el particular de las vistas valencianas (Rosselló Verger, V.M., 1990), si bien es cierto que todos estos estudios parten del inicial de Haverkamp-Begemann (Haverkamp-Begemann, E., 1969), que con posterioridad se incluyó en la imprescindible obra *Ciudades del siglo de oro. Las vistas españolas de Anton Van de Wyngaerde* (Kagan, R.L., 1986).



Figura 1. Detalle de la vista de Valencia de Wijngaerde, 1563.

Wijngaerde, que trabajó entre ca. 1544-1570 en los Países Bajos, Francia, Italia, Inglaterra y España, conocido también como Antoine de la Vigne o Antonio de las Viñas, y muchos años al servicio de Felipe II, fue indudablemente en su época el mejor dibujante de vistas de ciudades (Haverkamp-Begemann, E., 1969). Felipe II fue una persona muy interesada por la geografía y el conocimiento del territorio, así Sánchez Cantón nos relata la comisión al matemático Pedro Esquivel de un estudio de España, el encargo de las *Relaciones histórico-geográficas* y la solicitud a Anton Van den Wijngaerde de una representación pictórica de las poblaciones peninsulares (Sánchez Cantón, F.J. 1916). De ser cierta esta hipótesis, Felipe II debería de pasar a la historia no sólo como el discutido monarca más poderoso de su tiempo, sino también como uno de los más grandes geógrafos de su época, con el aliciente en nuestro caso de constituir un excelente antecedente de las modernas concepciones catastrales, que no sólo buscan la recopilación estadística sino también el medición y el levantamiento cartográfico (Arroyo Ilera, F., 1998).

La vista de flamenco, posiblemente el mejor y más completo retrato urbano que se haya hecho de Valencia, presenta a la ciudad desde un punto de vista septentrional y elevado, en definitiva, ficticio, pero que sin duda se ve la fuerte presencia e importancia que para la ciudad tiene el Guadalaviar. En este sentido sabemos, gracias a los bocetos previos conservados del artista, que le otorgó mucha relevancia al río, como atestigua el conservado en Londres 5^o (PS, 153 x 860 mm.). Aquí Wijngaerde realiza un estudio pormenorizado de todo el recorrido del río que, en la vista definitiva, aparece perfectamente retratado desde su lado oeste a su desembocadura en el Grao de Valencia. El punto privilegiado que imagina le permite al artista poder captar el río y sus meandros hasta su desembocadura, y cómo la ciudad se ha provisto de ellos para su concepción urbana.

Wijngaerde dibuja un Guadalaviar calmado, poco caudaloso, e incluso, una muestra de ello es que por los puentes de la ciudad, a penas pasa el agua por escasos dos vanos. La representación sosegada de río, no significa que éste haya estado así durante todo el siglo XVI, de hecho, una de las riadas más importantes que ha originado el Turia acaeció en esta centuria.

El 27 de septiembre de 1517, a las tres de la tarde, llegó el Turia tan crecido y con tanta fuerza como nunca lo habían visto personas vivientes. En tan sólo una hora derribó los puentes del portal Nuevo, de los Serranos y del Real y gran parte de los antepechos de los puentes de la Trinidad y del Real. Posteriormente, el 5 de octubre de 1540 hubo otra riada de menor importancia que la anterior. El 19 de marzo de 1546, una riada afectó al convento de Nuestra Señora del Remedio. En 1555 el Turia se desbordaba de nuevo, si bien las fuentes apenas la mencionan. El 21 de octubre el río se volvía a sobrepasar, causando en esta ocasión, una riada comparable a la de 1517, mas es cierto que, gracias a que el agua bajaba mas limpia que en aquél año, los daños fueron menores. El Guadalaviar se desbordaba de nuevo los días 21, 22, 23 y 25 de septiembre de 1581, siendo especialmente violento el primero de ellos. En la riada de 1589 Valencia sufrió numerosos daños, destacando entre otros la valla del huerto del Real, el puente del Mar, que entonces todavía era de madera, sucumbió ante la potencia de las aguas, derribó parte del puente del Real y destruyó la parte de muralla que iba desde la puerta del Real hasta la puerta del Temple (Almela y Vives, F., 1957).

Hemos visto que el Guadalaviar ha sido especialmente violento en el siglo XVI, sin embargo, no por ello ha dejado de llevarse elogios, sirva como ejemplo este verso quinientista del valenciano Gaspar Gil Polo, en el que dice:

Regad el venturoso y fértil suelo,
corrientes aguas, puras y abundosas,
dad a las yerbas y árboles consuelo,
y frescassostened flores y rosas;
y así con el favor del alto cielo
tendré yo mis riberas tan hermosas,
que grande envidia habrán de mi corona
el Pado, el Mincio, el Ródano y Garona. [...]

IV. EL SIGLO XVII. NUEVAS PERCEPCIONES E INTERPRETACIONES URBANAS DE LA CIUDAD DE VALENCIA

El siglo XVII también nos depara unas vistas urbanas de extraordinaria calidad. La primera que encontramos es el plano de Manceli, de 1608, estudiado por Benito (Benito, F., 1992). Respecto a las anteriores, hay una clara diferencia, ya que ésta se ha captado desde una perspectiva de vista de pájaro, a pesar de esto, las representaciones de los edificios están desde un punto de vista axonométrico, con lo que se logra una perfecta interpretación de los mismos.

Si comparamos este plano de Manceli, llamado *NOBILIS AC REGIA CIVITAS VALENTIE IN HISPANIA*, con la obra de Wijngaerde, respecto al río, las diferencias son muy notables. El río, independientemente de la geometrización de los pretilos o paredones, muestra en el grabado de Manceli su curso deshilachado, trenzándose y destrenzándose entre puente y puente. ¿Corresponde a una realidad objetiva? Wijngaerde no lo vio así en 1563, pero, en cambio, el grabado de Tosca lo acentuaría en 1738. En el plano de Manceli, a partir del puente Nuevo el río se divide y se reúne alternativamente, dejando cuatro o cinco barras o islas alargadas; *braiding*, llaman esto los hidrogeomorfológicos (Rosselló y Esteban Chaparría, 2000).

A pesar de las incorrecciones que presenta este plano axonométrico, no debemos de olvidar que es una obra magnífica para comprender la fisonomía de la ciudad de Valencia. En este sentido, y si nos atenemos al tema del presente monográfico «Agua y ciudad», hemos de fijarnos en la percepción que Manceli tuvo de los puentes en comparación con la de Wijngaerde. Este plano muestra todos los puentes y pretilos ya construidos en piedra con sus bolas, mientras que Wijngaerde aún presentaba los puentes del Real y del Mar en madera y los pretilos todavía por construir (Benito, F., 1990).

Recientemente descubierto, (Marías, F. y Pereda, F. 2002) encontramos una de las mayores empresas cartográficas del siglo XVII, el atlas titulado «*La descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos*» que Pedro Texeira realizó para el monarca Felipe IV, en 1634. Éste contiene una imagen del *Grao de Valencia*, en la que no es apreciable el río Guadalaviar, a pesar de ello, creemos conveniente citar esta obra, debido a su vinculación con el monográfico, por las descripción detallada que ofrece de las costas españolas, si bien no con el presente texto.

Hasta este momento habíamos presentado imágenes que respondían estrictamente a lo que podemos considerar un retrato urbano. A partir de ahora, también encontramos una gran cantidad de imágenes que están adscritas a estampaciones religiosas o simplemente se utili-

zan con vistas de ciudades pero siempre enmarcadas en un contexto mayor, como el mapa de Cassaus, por ejemplo.

Así, dentro de la obra de Vicente José del Olmo, en la portada de su *Lithología o explicación de las piedras y otras Antigüedades halladas en las çanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de nuestra Señora de los Desamparados de Valencia*, publicado en 1653, hallamos una estampa urbana de la ciudad de Valencia que sin duda, tiene mucho que ver con la mencionada de Beuter. La peculiaridad de esta imagen y su correspondencia con el Guadalaviar, reside en que éste último comprime y abraza a la ciudad de forma exagerada. En la misma línea de esta imagen, está la del grabador Mariano Gimeno para la obra, de 1665, de Francisco de la Torre y Sebil intitulada *Luzes de la Aurora, días de sol, en fiestas de la que es sol de los días y auroras de las luzes, María Santísima*. La estrecha relación que tiene Valencia con el agua, en esta representación corográfica, está perfectamente ejemplificado. La ciudad aparece totalmente rodeada de agua, como recordando su fundación en la isla fluvial. Está, en primer plano el Turia, con tres puentes que lo cruzaban, y un cauce pobre. Al fondo de la imagen el mar Mediterráneo, muy poco presente en este tipo de retratos urbanos. En definitiva, en este grabado esta muy claro la vinculación de Valencia tanto con el



Figura 2. Vista de Valencia incluida en el mapa de Cassaus, de 1693.

Guadalaviar, que sin duda, motivó la erección de la ciudad en ese emplazamiento estratégico, y el Mediterráneo, mar que le brindó la oportunidad a Valencia de tener un puerto realmente importante.

Del año 1693, la joya cartográfica del barroco valenciano dedicada al virrey Marqués de Castel Rodrigo (Sanchis Guarnier, M., 1975), es la imagen de la ciudad de Valencia incluida en el mapa del jesuita Cassaus (1656-1699). *El Reyno de Valencia dividido ensvs dos gobiernos que son Valencia, y Orihuela y dos tendencias, que son Xativa y Castellon* es un documento cartográfico en el cual se insertan varios retratos urbanos de ciudades valencianas, tales como *Alicante nvevamente fortificado*, *el pverto de Denia*, *el pverto de Peniscola* y *de Valencia*. La representación corográfica que más nos interesa es sin duda la de Valencia, no tan sólo por el título de este texto, sino también por su peculiaridad y rareza dentro de las imágenes urbanas que se han conservado de la ciudad. Este mapa, estudiado por Rosselló (Rosselló Verger, V.M., 1988), incluye una perspectiva de Valencia y del Guadalaviar totalmente insólita, esto es, desde el mediodía.

A pesar de su ingenuidad, algo muy habitual en la cartografía de la época, falta de proporciones, con un abigarramiento de los edificios de la ciudad patente, esta vista constituye, sin duda, una panorámica creíble pero virtualmente elevada, captando el mar y el río. Si comparamos esta representación del Guadalaviar con el resto de imágenes mostradas, nos damos cuenta de que la estampa del río es meramente presencial. No está captado con realismo. La ciudad parece extraña al mismo, ya que su cauce es recto y escaso, casi inexistente. El río se manifiesta como algo que no influye para nada en la ciudad, no presenta esa forma sinuosa que configuraría el recorrido de las murallas. La ciudad se muestra ajena al cauce del Guadalaviar, como algo independiente, aunque, si bien es cierto, sabemos que esta relación es evidente, hasta el hecho de que si no hubiera existido el río, probablemente, no hubiera existido la ciudad.

Que Cassaus no conociera la vinculación de Valencia con el río Guadalaviar, es totalmente falso. Ello se constata en su obra posterior de 1695, titulada *Huerta y Contribución Particular de la Ciudad de Valencia*. En este documento cartográfico el jesuita incluye en el mapa una representación de la ciudad en perspectiva caballera. Aquí, se ve como el Guadalaviar, potenciado en cuanto a la perspectiva y proporciones, al igual que sus puentes, abraza a la ciudad, reivindicando la importancia del río en su configuración primigenia. En este sentido, a partir de esta imagen podemos deducir que Cassaus en su obra *El Reyno de Valencia dividido ensvs dos gobiernos que son Valencia, y Orihuela y dos tendencias, que son Xativa y Castellon* quiso, con toda intencionalidad, reivindicar una perspectiva que nunca se había empleado en la representación urbana de Valencia, y para ello, prefirió dejar el tratamiento del río en segundo lugar, como queriendo legitimar la perspectiva del mediodía. A pesar de este intento de Cassaus por captar un lado desconocido, en el terreno de las imágenes corográficas de la ciudad, no tuvo éxito, si bien en algún mapa italiano del Reyno de Valencia, aparece una copia exacta de la de 1693 de Cassaus.

El mapa de Cassaus es un documento cartográfico destacado, a pesar de su peculiaridad y escaso éxito, de la ciudad de Valencia. En este sentido, hay que decir que salvo esta representación de Cassaus, las imágenes urbanas de esta ciudad, prefieren captar el punto más característico, y quizás el único pensable y lógico de la ciudad, teniendo en cuenta la inseparable dependencia que han tenido desde su fundación en el siglo II a. C.

Las imágenes urbanas que se han propuesto, salvo la de Manceli que ofrecía un cauce un tanto agitado, el resto presentan al Guadalaviar como un río calmado y sosegado, al igual que ocurría en las vistas del siglo XVI. A pesar de ello, debido a la estrecha relación de la ciudad con el agua, hubo algunas avenidas del Turia. El martes 27 de julio de 1610 el río ocupaba nueve arcos del puente del Real. Hubo otra crecida el dos de mayo de 1611, durando varias horas de la noche. El 3 de diciembre de 1615 el agua del Guadalaviar volvía a ocupar los nueve arcos del puente del Real. El 1617, encontramos una año en el que el río vino crecido contrastando con algunos meses, especialmente el de agosto, en el cual parecía una rambla. Años después, en 1620, el agua llegaba para siete arcos de puente. Hubo otra en 1622. En un 26 de enero de 1626 el Turia vino con tanta agua que necesitó ocho arcos en el puente de la Trinidad. Posteriormente, y siguiendo a Mares, en el año 1651, que fue el año de el hambre, hallándome yo en Valencia, salió tanto el río que hubieron de romper los paredones de calicanto; entraba por el Portal del Cid un grande río, que todas la plaza de los Predicadores hacía una vistosa playa, y en la calle de Murviedro sacaba por las ventanas las arcas nadando y las seras de carbón. Lo mismo sucedió el año 1672, que también obligó a la Ciudad a romper los calicantos (Mares, V., 1681).

En 1676, nos encontramos con una riada de un talante considerable, ya que el 12 de agosto de ese mismo año, se reunió los miembros de la Fábrica Nueva del Río para tratar los daños acaecidos por el agua en la ciudad, especialmente en el puente de San José y el estado ruinoso de los conventos de la Zaidia, San Pedro Nolasco, Santa Mónica y san Julián, así como distintos arrabales. Hubo en este siglo algunas avenidas mas, como la del 11 de agosto de 1628, la de 1680, o la del 30 de diciembre de 1695, que se llevó por delante gran parte de la construcción del nuevo azud de la acequia de la Rovella (Almela y Vives, F., 1957).

A finales del XVII se ha de constatar, quizás por la influencia de las corrientes científicas y técnicas de los *novatores* (Sala Giner, D., 1999), la intención de hacer navegable el Guadalaviar. El río había sido ya navegable hasta los siglos XIV y XV, si bien es cierto que únicamente para embarcaciones de pequeño tamaño. Estas ideas no eran nuevas. El 29 de mayo de 1403 el *Consell* de la ciudad pensó la viabilidad de drenar el cauce, desestimado por innumerables razones, entre ellas, el descontrol de las riadas. Así, en 1676, Thomas Güelda y Antonio Ferrer planeaban una canal que iba desde el Cabanyal hasta la Alameda. No tuvo éxito. Sin embargo, el de Evaristo Barberá de un muelle de piedra que se adentrara en las aguas del Grao, sí tuvo éxito, siendo retomado con posterioridad por Tomás Güelda, en 1686, empezándose en 1695. Si bien, hay que apuntar que el estado ruinoso en el que se encontraba, hizo que los barcos de nuevo volvieran al *pont de fusta* en el año 1699.

V. VALENCIA Y SUS VISTAS DEL SIGLO XVIII

El siglo XVIII en lo que respecta a la imagen de Valencia y sus retratos urbanos, está marcado por el magnífico plano que de la ciudad delineó el Padre Tosca. Así, el plano del presbítero abre este siglo en el cual nos encontramos con algunas imágenes urbanas curiosas que, más adelante se analizarán.

La atribución no ofrece ninguna duda, al igual que la datación. Trabajó cuatro años en él y percibió 150 libras valencianas, una cantidad muy elevada para la época (Faus Prieto, A., 1995). Así, en 1704, el padre Tosca, eclesiástico, matemático, arquitecto, filósofo y físico,

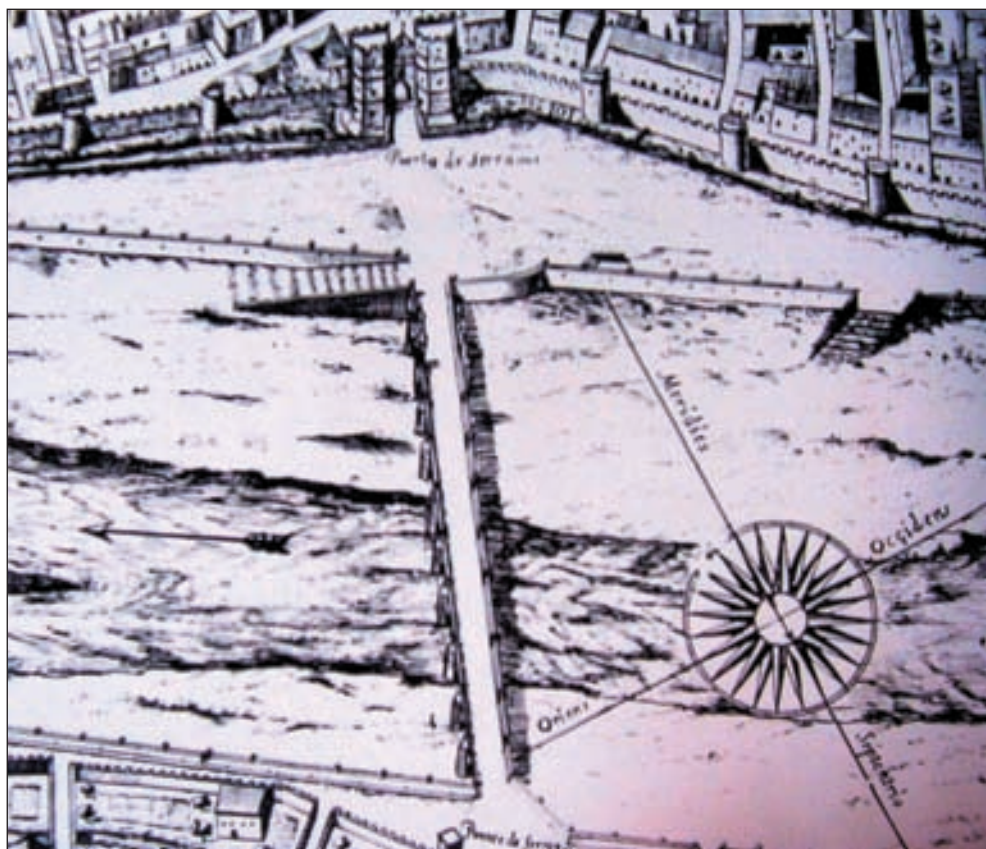


Figura 3. Detalle del río en el plano de Tosca, grabado por J. Fortea, 1738.

concluyó lo que sería, y es, una de las imágenes urbanas más representativas que se hayan hecho hasta la fecha. Si uno observa el plano de la ciudad de Valencia que Tomás Vicente Tosca realizó de la ciudad, éste le transporta al plano que anteriormente ejecutó Manceli en 1608. Se ha hablado bastante de las relaciones existentes entre estas dos obras. Así, Benito (Benito, F., 1992), a quien seguimos a continuación, dice que es incluso probable que el fraile orotoniano realizara su trabajo de 1704 teniendo a la vista el diseño de Manceli al tener de ciertas coincidencias que se dan entre ambas, tales como el punto de vista axonométrico desde el lado norte de la ciudad y otras peculiaridades como la distribución de cartelas con título, dedicatoria, o tabla de los edificios más singulares enumerados de modo muy similar en uno y otro caso.

Por el contrario, encontramos otras opiniones en las que se nos comenta que cualquier conocedor, aunque sea superficial, del plano impreso de T.V. Tosca se dará cuenta enseguida de las afinidades de ambos documentos. Sin más avisos, pueden surgir dos temerarias hipótesis y ambas han bullido en nuestra cabeza. Una, el grabado de Manceli sería una falsifica-

ción de un ingenioso impostor, que se valió del grabado de Tosca y lo reprodujo más burdo e infantil. La segunda, el oratoriano aprovechó el plano desconocido itálico para trazar su dibujo geométrico. Ninguna de las dos formulaciones es probable, ya que hay muchas diferencias —a parte de las coincidencias— y, sin ir más lejos, las leyendas o lujos, las leyendas o los lugares rotulados están lejos de ser comunes. Así pues, consideramos ahora, ambos levantamientos como independientes (Rosselló y Esteban Chapapría, 2000). A pesar de esta última idea, no cabe duda que los planos son muy parecidos, siendo muy probable que el presbítero Tosca conociera el plano de Manceli.

Hablar del plano de 1704 de Tosca, supone hacerlo también de la edición grabada de 1738, fecha en la que el religioso ya había fallecido en 1723. El plano de 1738, estudiado por Taberner Pastor (Taberner Pastor, F., 1994), imagen actualizada del original de Tosca de 1704, fue trabajado por el conocido impresor valenciano Antonio Bordázar y Cristóbal Belda, antes de que se grabara por José Fortea en 1738.

En estas dos obras nos interesa recalcar el punto de vista diferente que se ha tenido a la hora de captar el paso del río Guadalaviar por la ciudad levantina. En el plano de 1704 se opta por la regularidad de la corriente —real o irreal—, aunque siempre no enfila la parte central de los puentes, como si obedeciera a las leyes de la hidromecánica. La estampa del curso del Guadalaviar con aguas altas o de crecidas, no se sabe si es una realidad o sin embargo, es una licencia que se permite Tosca con el fin de engrandecer la estrecha relación entre el agua y la ciudad, otorgando un perfil a Valencia de ciudad estratégica. Por el contrario, el plano de 1738 ofrece una novedad en la representación del caudal del Turia. Así, aquí, se muestra un Guadalaviar en el cual sus aguas discurren trenzadas, como queriendo recordar el primer plano de la ciudad, el de Manceli de 1608, probablemente, Bordázar y Belda, conocieron el plano del italiano y prefirieron establecer esta novedad en el grabado de 1738.

En la obra de P. Tomás Serrano titulado *Fiestas seculares, con que la coronada Ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del Tercer Siglo de la canonización de su esclavido hijo, y ángel protector S. Vicente Ferrer, apóstol de Europa*, se encuentra la lámina titulada *Naumachia y parte de la ciudad, vista del colegio de S. Pío V*, de 1755, en la que



Figura 4. Grabado de la Naumaquia de 1755.

quizás, sea la obra que mejor representa el *matrimonio* entre la ciudad de Valencia y el agua del Guadalaviar.

El tercer centenario de la canonización de San Vicente fue celebrado por la ciudad de Valencia con una Naumaquia, como se dijo, que sin embargo, Carlos de Francia, el grabador de la obra, exageró con el fin de dar mayor importancia a la ciudad.

El presente grabado, a pesar de ser una obra de bastante baja calidad en cuanto a la idea del espacio de la urbe, la perspectiva, las proporciones, etc., es una obra que se ha de destacar y, según la opinión de Catalá, la representación urbana que nos ha transmitido esta estampa excede en interés a la de cualquier otra vista del siglo XVIII (Catalá Gorgues, M.A., 1998). El grabado nos muestra a gran parte de la ciudad observando el acontecimiento desde sus tribunas y palcos, distribuidos por los pretilos y los puentes entre los cuales se desarrolla la celebración del centenario, el del Real y el de la Trinidad, todo ello captado desde el San Pío V, representado, junto al palacio Real, en la parte inferior de la imagen. Como nos comenta Rosselló y Esteban Chapapría, el río fue represado con un azud de tablonos y estacas, bajo los puentes del Real para obtener un estanque de orilla a orilla (Rosselló y Esteban Chapapría, 2000).

No cabe duda de que toda esta festividad está exagerada, por sus 42 embarcaciones, algunas de ellas de tres mástiles y por la abundante presencia de agua en el río Guadalaviar. Verdaderamente, respecto al tema que tratamos, llama la atención esta imagen porque clarifica como la ciudad de Valencia eligió el Turia para conmemorar un momento tan destacado como fue la celebración del tercer centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, patrón de la ciudad, estableciendo al agua como soporte, y a la ciudad como telón de fondo, siendo de esta manera, la imagen que mejor nos relata la histórica relación entre el agua del Guadalaviar y la ciudad de Valencia.

La abundancia de agua y de caudal que el río Turia tiene en esta imagen contrasta mucho con la que se nos presenta en el libro del P. Serrano titulado *Siglo III de la Canonización de S. Vicente Ferrer*, de 1762. Aquí, José Vergara, hermano de Ignacio, junto a quien fundó en 1753 la Academia de Santa Bárbara, antecedente de la fundada en 1768 Academia de San Carlos, dibuja un lámina en la que, junto al grabador Vicente Galcerán, nos muestra una vista de Valencia desde la parte opuesta a la anterior con un grupo de hombres ataviados con los ropajes de la época. Lo importante de esta imagen es la escasa presencia de caudal en el río Guadalaviar, ni tan siquiera llega a ocupar un arco de los puentes del Real ni de la Trinidad. De esta forma, probablemente fuese este el caudal real del río, sin exaltarlo ni exagerarlo con el fin de otorgar más importancia a la ciudad.

De similitud con la imagen de Carlos de Francia encontramos otra vista, quizás con la característica común de ofrecer desde el San Pío V una panorámica de la ciudad y del Guadalaviar totalmente típica, en la obra del *Atlante español*, de Bernat Espinalt. Aquí hay dedicados tres tomos pequeños a la geografía e historia del País Valencia en el que encontramos una vista de la ciudad desde su percepción más representativa, la septentrional. Ésta, grabada por un tal J.F. Palomino en 1784, nos presenta un caudal del Turia importante —si bien es cierto que se estrecha en su parte central, en el puente de la Trinidad—, discurre por casi todos sus vanos. Del año siguiente está el grabado calcográfico que, hipotéticamente, debía incluirse en una edición *non nata* de las *Relaciones geográficas, topográficas e históricas del Reino de Valencia hechas en el siglo XVIII a ruegos de Don Tomás López* (Catalá Gorgues, M.A.,

1998). En esta obra el agua del Turia, que ocupa un tercio aproximadamente del ancho del cauce, está discurriendo de forma sinuosa. Aparecen unas imágenes de hombres con animales de carga, totalmente fuera de escala, que nos hablan de lo inofensivo del Guadalaviar en el momento en que se representó.

Las *Observaciones sobre la historia natural, geográfica, agricultura, población y frutos del reino de Valencia*, obra de A. J. Cavanillas, da un salto de calidad en cuanto a las imágenes que captan una percepción septentrional de la ciudad de Valencia desde el San Pío V. Esta obra, ilustrada por el prestigioso grabador Tomás López de Enguídanos, hace más objetiva la imagen de la ciudad, corrigiendo algunos errores cometidos anteriormente por Carlos de Francia. Aquí llama la atención el casi escaso caudal del Turia que aparece muy estilizado.

Las relaciones entre el Guadalaviar y Valencia no han sido tampoco positivas para la ciudad en el siglo XVIII. La vida humana ha tenido que convivir muchas veces con la potencia desmesurada del río. A pesar de que sea extraño, en la misma obra de Cavanillas (Cavanilles, A.J., 1795) encontramos un grabado que reproduce los destrozos ocasionados el 5 de noviembre de 1776 por las aguas del río Turia, en el puente del Mar. En la página 146 del tomo I de las *Observaciones*, el autor, acompañando a este texto expone:

Siempre son aquí temibles las riadas, porque nada impide el que las aguas se derramen hacia las huertas; pero si se verifican quando el cauce se haya embarazado con la madera que desde Santa Cruz y Moya baja para el abasto de la capital, entonces son incalculables los daños. Porque suelen comenzarse algunos maderos al pasar por baxo de los puentes, detener à los que vienen después, y todos amontonados tapar los arcos impidiendo el curso de las aguas. Reñuyen estas, crecen por instantes, forman un mar sin más recurso que ó destruir el puente, ó anegar las tierras que se hayan en las cercanías. Esto es lo más común por la solidez de los puentes, pero ya se ha visto caer algunos de ellos, como sucedió en 5 de noviembre de 1776 con el llamado del Mar, que es el último que atraviesa el río. Muy pronto se reparó aquella quiebra considerable, y en 1782 se concluyó la obra.

En este grabado de Tomás López Enguídanos si que se ve la fuerza con la que en algunas ocasiones bajaba el río Turia. De hecho, el agua esta muy cerca de pasar por arriba del puente del Mar, ocupando todo el ancho del cauce. El agua ha ocasionado numerosos daños en la ciudad de Valencia, tanto materiales como humanos, a pesar de ello, son pocas las imágenes en las que se represente de forma tan clara los daños ocasionados por una avenida del río. Por lo tanto, hemos de considerar a esta imagen como un ejemplo destacado dentro de las representaciones que muestran las relaciones entre al agua del Guadalaviar y la ciudad de Valencia.

Salvo este grabado de López Enguídanos, que representa una avenida del Guadalaviar, no conocemos otro que lo haga en la Edad Moderna, si bien sí los hallamos después. A pesar de ello, durante el siglo XVIII Valencia sufrió avenidas del río, siendo algunas especialmente violentas. El 16 de septiembre de 1731 a las dos y media de la tarde sobrevino una riada que llamó la atención, entre otras circunstancias, por la rapidez con que se formó el alud de las aguas (Almela y Vives, F., 1957). Treinta y cinco años después de esta riada, el 1 de febrero de 1766 se desbordó el río, arrancando, siguiendo a Almela y Vives, casi la mitad del azud de

la Rovella. Una riada muy destacada en este siglo XVIII fue la acaecida en el 21 de octubre de 1776 que es, parece ser, la que menciona Cavanilles en el día 5 de noviembre de 1776 (Cavanilles, A.J., 1795), y que comentamos más arriba. El puente del Mar, dañado gravemente en la anterior riada, tuvo que soportar, en la noche del 24 de noviembre de 1783 otra avenida del río, esta especialmente dañina para la huerta de la ciudad de Valencia, si bien es cierto, y siguiendo de nuevo al cronista Almela y Vives, «la ensoberbecida corriente arrasaba árboles enteros. Y una gran encina se quedó atravesada en el puente del Mar, por lo que un hombre hubo de bajar, atado con cuerdas, para remover el árbol de modo que prosiguiera el camino», evitando con esto, más daños en los puentes de la ciudad.

VI. CONCLUSIONES

Obviamente, la estrecha alianza entre Valencia y el Guadalaviar o Turia, en definitiva entre la ciudad y el agua o el hombre y la naturaleza, esta captada muy claramente en las imágenes que de la ciudad de Valencia de la Edad Moderna nos han llegado hasta nuestros días. En ellas, el agua siempre ha formado parte inseparable de la configuración de la ciudad, desde sus inicios, y esto queda patente en las representaciones. Éstas, en la mayoría de los casos, exceptuando la magnífica vista de la ciudad de Cassaus, de 1693, captada desde el mediodía, muestran una perspectiva desde su percepción septentrional, verdaderamente la más representativa, pero quizás la única posible, teniendo en cuenta la estampa creada a partir del Guadalaviar y el tejido urbano. En este sentido, y partiendo, por ejemplo de la genial, y sin duda mejor retrato de la urbe que se conserva de la ciudad de Valencia, la de Wijngaerde de 1563, se nos presenta un interés por plasmar las relaciones existentes entre las aguas del Turia y la ciudad valenciana. Esto no escapó al flamenco, que consciente de la importancia del río en la ciudad, no dudó en ejecutar estudios previos y exclusivos de río y de los puentes que la ciudad había construido para su paso.

Finalmente, los artistas, geógrafos, corógrafos, etc., en definitiva, todos los que inmortalizaron la ciudad, no pueden huir de su relación con el agua que, a pesar de ser algo digno y destacable dentro de la posición estratégica de la ciudad, puede ser, y ha sido, como hemos visto, algo muy perjudicial para la ciudad con sus importantes avenidas. A pesar de ello, no conservamos muchas imágenes urbanas en las cuales se nos haya presentado esta situación.

En definitiva, en este artículo se ha pretendido mostrar, a partir de las imágenes de la ciudad de Valencia, en la Edad Moderna, la estrecha relación entre al agua y la ciudad, entre Valencia y el Guadalaviar, queriendo hacer, de manera lo más concisa posible, una especie de estudio de cada imagen en el ámbito que nos interesaba, el agua, la ciudad y su representación.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ALMELA y VIVES, F. (1957): *Las riadas del Turia (1321-1949)*. Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 130 pp.
- ARROYO ILERA, F. (1998): «Las relaciones geográficas y el conocimiento del territorio en tiempos de Felipe II». *Estudios Geográficos*, Madrid, tomo LIX, n° 231, pp. 169-200.

- BENITO, F. (1992): «Un plano axonométrico de Valencia diseñado por Manceli en 1608». *Ars Longa. Cuadernos de arte*, 3, pp. 27-37.
- CABANILLES, J. A. (1795): *Observaciones sobre la Historia natural, geográfica, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia por Antonio Josef Cavanilles*. Madrid. Imprenta Real.
- CATALÀ, M.A. (1998): *Valencia en el Grabado. 1499-1999*. Valencia, Ajuntament de València, 271 pp.
- DE SETA, C. (2002): *La ciudad europea. Del siglo XV al XX*. Madrid, Istmo, 435 pp.
- FAUS PRIETO, A., (1995): *Mapistes. Cartografia i agrimensura a la València del segle XVIII*. Col.lecció Politècnica, Edicions Alfons el Magnànim, Generalitat Valenciana, 370 pp.
- GALERA i MONEGAL, M. (1998): *Antoon van den Wijngaerde, pintor de ciudades y de hechos de armas en la Europa del Quinientos. Cartobibliografía razonada de los dibujos y grabados, y ensayo de reconstrucción documental de la obra pictórica*. Madrid - Barcelona: Fundación Carlos de Amberes - Institut Cartogràfic de Catalunya, 265 pp.
- GIL POLO, G., (1564): *Diana enamorada*. Valencia, en casa de Joan Mey.
- GÓMEZ SERRANO, N.P. (1932): «D'arqueología. Excavacions de València per Nicolau Primitiu». *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, IV, pp. 57-72 y 137-160.
- HAVERKAMP-BEGEMANN, E. (1969): «The Spanish views of Anton Van den Wyn- gaerde». *Master Drawings*, VII, núm. 4, pp. 372-399.
- HOUSTON, J.M. (1957): «Geografía urbana de Valencia». *Estudios Geográficos*, nº 66, Madrid, II, p. 162.
- KAGAN, R.L. (dir.) (1986): *Ciudades del Siglo de Oro: las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Madrid, El Viso, 427 pp.
- MARES, V. (1681): *La Fénix Troyana*. Valencia.
- PEREDA, F. / MARIÁS, F. (ed.) (2002): *El atlas del Rey Planeta. La «Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos de Pedro Texeira (1634)»*. Madrid, Nerea, 398 pp.
- RODRIGO, J. (1922): *Ensayo sobre topografía preurbana de Valencia*. Madrid, Tip. Rev. Arch., Biblio. y Museos, 69 pp.
- ROSSELLO I VERGER, V. M. (1988): «El mapa del Regne de València de Cassaus (1693). La seua filiació i descendència». *Homenatge al Doctor Sebastià García Martínez*. València, vol. II, pp. 177-200.
- ROSSELLÓ, V.M. (dir.)(1990): *Les vistes valencianes d'Anthoine van den Wijngaerde [1563]*. Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 363 pp.
- ROSSELLÓ, V.M. (1994): «Notas sobre el plano de Valencia de T.V. Tosca (1704- y 1738ca.)». *Mainzer Geographische Studien*, 40, MAinz, pp. 78-82.
- ROSSELLÓ, V.M. y ESTEBAN CHAPAPRÍA, J. (2000): *La fachada septentrional de la ciudad de Valencia*. Valencia, Bancaja, 150 pp.
- SALA GINER, D. (1999): *Viajeros franceses por la Valencia del siglo XVII*. Ajuntament de València, 270 pp.
- SÁNCHEZ CANTÓN, F. G. (1916): *Los pintores de cámara de los reyes de España. (Apuntes Históricos)*. Madrid.

- SANCHIS GUARNER, M. (1976): «Sobre la cartografía valenciana anterior al siglo XIX. *Obra Completa*, I, Valencia, Eliseu Climent, pp. 165-181.
- SANCHIS GUARNER, M. (1997): *La ciudad de València. Síntesis de historia i de Geografía urbana*. Valencia, 602 pp.
- TABERNER, F. (1984): «El plano del padre Tosca grabado por José Fortea. Consideraciones en torno a la fecha de impresión». *Revista del Colegio Oficial de Aparejadores de Valencia*, II, 3, pp. 18-20.